



Prólogo

Adrián Serna Dimas

*Docente de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria
Universidad Distrital Francisco José de Caldas*

La presente compilación nos habla del discurrir de las subjetividades por diferentes lugares, en distintas circunstancias, con las más variadas pretensiones: las ubica en los movimientos sociales urbanos, en las reivindicaciones del feminismo, en las afirmaciones políticas de los jóvenes, en el campo de las resistencias sociales, en las luchas por la memoria como deber de justicia y como construcción de cultura política, en la configuración del docente y del saber escolar y en los escenarios laberínticos de una institucionalidad que no solo normaliza sino que naturaliza lo social por medio de instancias como la familia. Un itinerario complejo, tanto más para alguien como yo que no solo no es experto, sino que bien puede decir que es ignorante de la cuestión de las subjetividades. Pero debo decir a mi favor que esta confesión me puede poner de manera simultánea en el centro y en el margen de las referencias sobre las cuales se despliegan los estudios, análisis y reflexiones sobre esta cuestión: en el centro porque entiendo las subjetividades como una dimensión que de suyo declara la obsolescencia de las experticias, en tanto estas irían a contracorriente de las propias fuentes que orquestan la subjetividad como experiencia en el mundo, como conocimiento social, como devenir en la vida cotidiana o como contingencia existencial; pero esta confesión también me lleva al margen porque advierte que de una u otra manera creo en las ignorancias o las inconsciencias cuando estas son entendidas como esos recubrimientos tan solicitados por el pensamiento social para instaurar linderos, como aquellos que se extienden entre los individuos, o entre los individuos y la sociedad, o entre la acción y el pensamiento, o entre las teorías y las prácticas, etc., todos ellos de extracciones tan modernas y tan con-



trarios a las premisas mismas que soportan los abordajes a las subjetividades. Entonces, si puedo presentar un libro sobre subjetividades es porque puedo hacerme a un lugar para poner de manifiesto, entre otras cosas, los presidios que me imponen mis propias ignorancias o inconsciencias y que no pueden ser entendidas como falsedades, yerros, ilusiones o delirios, sino como modos de ocupar y de ocuparme del mundo en que vivo en tanto sujeto. De entrada, creo que en esto consiste el carácter novedoso de los tratamientos a la subjetividad en tiempos recientes, que la escindieron de los sesgos que le imprimieran desde los epistemólogos hasta los psiquiatras: hizo factible desde el yerro hasta el delirio como modos de hacerse al mundo social sin que ello supusiera alguna estupidez o patología.

Esta confesión que me instala de manera simultánea en el centro y en el margen de la cuestión de las subjetividades, es decir, en ese poderoso espacio de las ambigüedades tan soslayado por mucho tiempo por la investigación social, me parece consecuente con lo que, de entrada, encuentro en casi todos los textos reunidos en esta compilación: una comprensión de las subjetividades como un emplazamiento en el mundo social que no necesariamente entraña un saber sobre el estar o sobre el hacer, o mejor aún, que supone un saber, un estar y un hacer fuera de las lógicas racionalistas, tanto en sus variantes estructuralistas, esas que reducen al sujeto a mero autómatas o marionetas ignorantes del libreto que desarrolla y amenazado siempre por la consciencia, como en sus variantes fenomenológicas, esas que revisten al sujeto con un cándido voluntarismo cuando no con una anómala propensión a hacerse al mundo social a punta de cálculo. Más aún, me atrevería a señalar que las subjetividades son un saber, un estar y un hacer en el mundo que gravita de manera aleatoria, cuando no azarosa, por órdenes que el pensamiento filosófico y científico demandó diferenciados, cuando no separados, como lo ontológico, lo epistemológico, lo gnoseológico o lo axiológico. La subjetividad intercambia, trueca o permuta de manera permanente este conjunto de órdenes, constituyendo al mundo social no al margen de cualquier criterio de realidad, de verdad, de moral, de ética o de política ni mucho menos falseándolos, sino en virtud del entrevero de estos criterios provocado, ante todo, por la fuerza de lo inmediato, de lo inminente, del acontecimiento que, como señala Oscar Useche, es la unidad creativa, generativa, de lo social.

Sin duda, una vez aquí, las subjetividades se muestran como una apuesta radical: de entrada habría que decir que ellas no suponen de ninguna manera un repliegue al sujeto ni al individualismo –como refiere Fernando González Rey, esta asociación tan común con el individualismo fue definitiva para que las subjetividades no tuvieran lugar importante en las ciencias sociales inclusive hasta años relativamente recientes–. Por el contrario, las subjetividades suponen el esclarecimiento de la diferencia en las totalidades y, así entendidas, pueden controvertir el mundo social con las certezas de este mismo mundo, advirtiendo que lo que se presume ontológico no es otra cosa que una ontologización o



que lo que se asume epistemológico puede ser realmente una consideración axiológica travestida en acto de conocimiento. Así planteadas, las subjetividades han puesto de manifiesto que muchas de las creencias que modelan al mundo social, que se imprimen como inherencias de la naturaleza del socius y que en determinadas circunstancias encarnan consensos inamovibles, bien pueden ser el resultado de una historia profunda que pudo dismantelar de esas creencias cuanto tenían de naturalización o cuanto acarrearban de contradicción. Un lugar como este nos puede advertir que las vicisitudes actuales de la democracia no provienen de cierta imbecilidad nuestra para entender el contrato social sino, más allá, de que nuestras ideas de la democracia pueden ser solo una forma deshistorizada de lo que otrora fuera la gnoseología de la vida cotidiana ateniense, la *communitas* de los primeros cristianos o la callejuela del librecambista en la pequeña ciudad del Medioevo.

Como un saber, un estar y un hacer en el mundo que no necesariamente depende de la representación, tan común en todos los enfoques racionalistas, las subjetividades transitan en los cuerpos, como encarnaciones dirán algunos siguiendo quizá a Husserl o Merleau-Ponty, como subjetivación dirán otros siguiendo probablemente a Foucault, como incorporaciones dirán algunos más siguiendo de manera casi segura a Bourdieu –entre todas estas, eventualmente contra algunas de estas, la bellísima composición del cuerpo como encarnación en Maturana y Varela–. En cualquiera de estas formas, el cuerpo se ha erigido en un auténtico operador existencial, fuente donde se encuentran de manera dispada la ipseidad y la alteridad, la contingencia y la estructura, la regla y el significado, la emoción, el afecto, la sensibilidad y la razón. Un giro sin duda decisivo, ha puesto a los estudiosos de la subjetividad a desandar y reandar el cuerpo para reconocer todas las colonizaciones que le fueron acometidas desde que los filósofos lo separaron de la mente, los médicos lo hundieron en la naturaleza, los sociólogos lo condenaron al mero trabajo y los psiquiatras lo anclaron al deseo –y los medios lo redujeron a imagen–. Los textos de esta compilación efectivamente le confieren relevancia al cuerpo y a la corporalidad: como objetos de las técnicas de gobierno, como formas encarnadas de lo político, como afirmaciones en medio de la politización de lo cotidiano o solo como modos de estar en el mundo –pienso en particular en los textos de Andrea Bonvillani, de Álvaro Díaz y Andrea Salamanca, de Jorge Eliécer Martínez y de Pablo Vommaro.

Pero no se trata simplemente de restituir al cuerpo y a la corporalidad, sino de vindicarlos como lugares para reinventar al mundo social sabiendo, haciendo y diciendo. Aquí las subjetividades igualmente se han encontrado con un asunto complejo: con el lenguaje y, más concretamente, con la narración. Si las subjetividades suponen disentir de cualquier paradigma representacionista es porque ni el cuerpo ni la narración representan o pretenden representar: uno y otro son modos prácticos de ocupar el mundo social –la narración evoca y la evocación está en las antípodas de la representación–. La narración, como modo de ocu-



par el mundo social, trastorna una representación que debía su potestad, como bien lo dijera Foucault, a la posibilidad de secuenciar, de serializar, de diferenciar, de discriminar suponiendo un sistema de signos ajeno o externo a lo real. La narración introduce una ocupación del mundo que restituye los signos en lo real, que auspicia la pregnancia de las palabras en las cosas, de tal suerte que desiste de la continuidad o de la linealidad que guarecían los signos en sí, en beneficio de las discontinuidades y los quiebres donde lo real se hace indisociable de lo narrado –donde la narración deviene en sabiduría–. Así, la narración se vincula con la vida y, sobre todo, desborda las taxonomías que sobre la vida misma se han concebido para parcelarla. Estas narraciones son en especial evocadoras en el caso de la político y de lo político: como lo muestra Jairo Gómez, las narrativas políticas de los jóvenes quiebran estancos constituidos, prácticamente ontologizados por el pensamiento político, como los que separan abstracción y concreción, interés general y particular, seguridad y libertad, etc. La narración, entonces, insufla una política más próxima al existir, más inmediata y consecuente, atenta a la razón del otro, que reclama espacios para unos sujetos que no tramitan lo político por las arenas constituidas desde lo moderno o, también, que recuperan para las arenas de lo moderno esas construcciones simbólicas que hicieron posible la política en otros momentos –pienso en esa imbricación profunda entre el culto al cuerpo, la gimnasia, las artes de la oratoria y el ejercicio político en la Grecia antigua–. En este sentido, por ejemplo, resulta bastante útil esa síntesis entre praxis y poesis que proponen Sara Victoria Alvarado, Jhoana Patiño y María Camila Ospina.

Esta reinención de nuestras comprensiones del mundo social sin duda le imprime poderosos desafíos a la investigación. Por un lado, es una investigación que efectivamente deserta de las poderosas antinomias que soportaron a las ciencias de lo social, que cuestiona los compartimentos que en nombre del método dividieron arbitrariamente la vida y que confronta todos aquellos enfoques que ponen a distancia tanto el mundo social y el mundo del lenguaje como al entendimiento con la acción. En consecuencia con esto, es una investigación que se instala en la propia perplejidad que suscita el mundo, que se mueve en las vicisitudes y los escollos, pero también en las posibilidades y los recursos de este mundo, que reconoce al cuerpo no solo como un operador existencial sino igualmente como la fuente de todo conocimiento posible, que es quisquillosa en las diferencias sin detrimento de las recurrencias, que es sensible a la política o, mejor, que se pretende abiertamente política. Una investigación que urge a la historia para reintroducir la historicidad de cuanto investigamos, para reinscribir nuestros lenguajes, nuestros procedimientos, a nosotros mismos y a aquellos con quienes nosotros trabajamos, en tanto construcciones histórico-sociales. En esta dirección están los trabajos de Hugo Zemelman, de Claudia Piedrahita, de Esperanza Paredes, de María Cristina Martínez y Juliana Cubides, de Martha Herrera, Piedad Ortega, Vladimir Olaya y José Gabriel Crisancho.

Sin duda, esta compilación ofrece un recorrido que deja claro un espectro de sitios epistemológicos, teóricos y metodológicos para entender las subjetividades así como de experiencias concretas donde estas resultan determinantes para distin-



tos procesos de reinención de lo social. En las actuales circunstancias, es un texto especialmente pertinente, porque invita a la investigación social a ubicarse en una serie de escenarios determinantes para la vida social: desde los escenarios donde se debate la invención de propuestas de construcción social contra todo tipo de fuerzas hegemónicas, hasta aquellos escenarios donde estas propuestas de construcción buscan abrirse espacio en campos como el de las políticas públicas. Por esto, es un texto especialmente oportuno, al que sin duda sacarán buen provecho quienes saben y quienes no saben de la cuestión de las subjetividades –como creo, el lector dirá, le he sacado yo.



